



Verdad y Anuncio de la Fe



Pa. Nuestra Sra. Reina del Cielo ✧ Año V ✧ nº. 27 ✧ 8 de Mayo de 2011

Evangelio de este Domingo

Le reconocieron al partir el Pan

Dos discípulos de Jesús iban camino de una aldea llamada Emaús (...) Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos, pero sus ojos no le reconocieron. *«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»*, les dijo. (...) *«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que desconoces lo que ha pasado allí estos días?»*

Él preguntó: *«¿Qué?»* Ellos le contestaron: *«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres (...) fueron muy de mañana al sepulcro y no encontraron su cuerpo, (...) Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo hallaron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.»* Entonces Jesús les dijo: *«¿Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?»* (...).

Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron diciendo: *«¿Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída.»* Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: *«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»*

(...) Se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con los demás. *«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón»*, decían. Ellos contaron lo sucedido y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Contenidos de la Hoja Semanal:

- **Evangelio:** Evangelio de Lucas 24, 13-35
- **Testimonio:** La conversión de Adolfo Retté (1863 – 1930)
- **Magisterio:** CV II: Gaudium et Spes – El misterio de la muerte
- **Tradición:** Beato Juan Pablo II, Papa (1920 – 2005)

La conversión de ADOLFO RETTÉ (1863-1930)

Adolfo Retté fue un gran escritor, muy conocido en Francia en los primeros años del siglo XX. Él nos cuenta: *Apenas llegado a la edad adulta, llegué a ser ateo convencido. Me uní a los enemigos de la religión. Desde los 18 años, comencé un período de locuras y desórdenes, de los cuales me horrorizo. En todas partes de Francia sembraba el odio a la Iglesia católica e insultaba a Cristo, a quien llamaba, con desprecio, "el galileo".*



**DEL DIABLO A DIOS:
La conversión de
Adolfo Retté**

Un día de 1905, leyendo los primeros cantos sobre el purgatorio de la Divina Comedia de Dante, de improviso, le asaltan dudas: *¿Será verdad que Dios existe? ¿Y si existe Dios?* Aquella misma tarde, le visita un escritor, amigo suyo, que estaba dudando de regresar a la Iglesia católica y a quien él trata de disuadir. Después escribe un artículo para el periódico; pero, en la noche, no puede dormir y se levanta, va a su oficina, rompe en pedacitos el artículo escrito y dice que *enseguida sentí una gran paz y una gran alegría, y me dormí tranquilo.*

Otro día, en uno de sus paseos, piensa en los científicos y filósofos que, para explicar el universo, avanzan hipótesis, que son continuamente sustituidas por otras nuevas; mientras que la enseñanza de la Iglesia católica, en lo fundamental, permanece inmutable desde su fundación y fiel al contenido de los evangelios. *¿Y, si la Iglesia católica, realmente, ha nacido de una revelación divina y Dios existe?*

Apenas pronunció estas palabras, sintió una gran liberación y paz espiritual, pero aún sentía miedo y vergüenza para abrir su alma a un sacerdote. En 1906, de regreso en París, se siente insatisfecho, vacío y triste; incluso, llega a rondarle la idea del suicidio. Pero una tarde, entra en Notre Dame y ora: *Dios mío, ten piedad de mí, aunque sea un grandísimo pecador. Ayúdame.* En septiembre de 1906, visita el santuario de Corneville y le dice a la Virgen: *Algo me ha empujado a venir aquí. A ti, a quien los fieles invocan, acudo para que le pidas a tu Hijo que me diga qué debo hacer.* Y siente una voz interior que le dice: *Busca un sacerdote, libérate del fardo que te aplasta y entra sin miedo en la Iglesia católica.*

Vuelve a París y, con otro escritor amigo suyo, visita a un sacerdote de san Sulpicio, un anciano de ojos luminosos y rostro sereno, con el que se confiesa. Era el 12 de octubre de 1906. Ya en su casa, antes de acostarse, exclamó: *Madre de mi Dios, me confío completamente en vuestras manos. Presentad mi alma a vuestro Hijo.* Desde entonces, su vida se convierte en un canto de alegría. (...) *¿Por qué no se puede detener el tiempo en esta hora solemne de calma e inocencia? (...) Vivo una especie de sueño luminoso. (...) Veo el universo con nuevos ojos.* Había encontrado la paz, que tanto necesitaba, sin la cual no podía ser feliz.

C.V.II: GAUDIUM ET SPES

El misterio de la muerte.

18. El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreducible a la sola materia, se levanta contra la muerte.



Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano.

Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado. Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina. ***Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte.*** Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera.

Beato JUAN PABLO II, Papa (1920 – 2005)

Carlos José Wojtyła nació en Polonia el año 1920. Realizó sus estudios de teología en Roma, donde fue ordenado presbítero. Nombrado Obispo auxiliar de Cracovia, pasó a ser Arzobispo de esa sede en 1964. Participó en el Concilio Vaticano II. Elegido Papa el 16 de octubre de 1978, tomó el nombre de **Juan Pablo II** y se distinguió por su enorme actividad apostólica (las familias, los jóvenes, los enfermos) y por sus visitas pastorales por todo el mundo. Su legado: su magisterio, la promulgación del Catecismo de la Iglesia Católica y los Códigos de Derecho Canónico para la Iglesia Latina y para las Iglesias Orientales. Murió en Roma, el 2 de abril del 2005, vigilia del Domingo II de Pascua, o de la Divina Misericordia. Su Santidad el Papa Benedicto XVI ha dicho de él: *"su profundidad espiritual y la riqueza de sus intuiciones sostenían mi servicio. El ejemplo de su oración siempre me ha impresionado y edificado: él se sumergía en el encuentro con Dios, aun en medio de las múltiples ocupaciones de su ministerio. Y después, su testimonio en el sufrimiento: el Señor lo fue despojando lentamente de todo, sin embargo él permanecía siempre como una «roca», como Cristo quería".*



«¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas a Cristo!» Este fue el grito de aliento lanzado al mundo católico en la primera homilía a los fieles. Y también:

«Nuestro tiempo nos invita, nos impulsa y nos obliga a mirar al Señor y a sumergirnos en una meditación humilde y devota sobre el misterio de la suprema potestad del mismo Cristo. Él, el Hijo del Dios vivo, como confesó Pedro, vino para hacer de todos nosotros «un reino de sacerdotes». (...) «El Concilio Vaticano II nos ha recordado el misterio de esta potestad y que la misión de Cristo –Sacerdote, Profeta-Maestro, Rey– continúa en la Iglesia. (...) Una potestad absoluta y también dulce y suave del Señor regalada a lo más profundo del hombre (...)». De ahí, su *«oración fervorosa, humilde y confiada: ¡Oh Cristo! ¡Haz que yo me convierta en servidor, y lo sea, de tu única potestad! ¡Servidor de tu dulce potestad! ¡Servidor de tu potestad que no conoce ocaso! ¡Haz que yo sea un siervo! ¡Un siervo de tus siervos!»*

«¡Hermanos y hermanas! ¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad! ¡No temáis! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo! –insiste- Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce «lo que hay dentro del hombre». «¡Sólo Él lo conoce!»